



“Ay, qué manera de caer hacia arriba
y de ser sempiterno, esta mujer
De cielo en cielo corre o nada o canta
la violeta terrestre:
la que fue, sigue siendo,
pero esta mujer sola en su ascensión no
sube solitaria:
la acompaña la luz del toronjí,
del oro ensortijado
de la cebolla frita,
la acompañan los pájaros mejores,
la acompaña Chilán en movimiento”

Faltaban muchos años para que un disparo seco y definitivo segara la vida de Violeta Parra, cuando Pablo Neruda le escribió estos versos.

Eran aún los años en que sólo parte del público “culto” reconocía su genio y el pueblo, al que ella pertenecía, acudía a recitales y seguía su voz por la radio. Pero habían pasado muchas cosas antes de que llegara este momento.

Violeta Parra Sandoval nació un 4 de octubre de 1917 en San Carlos, provincia de Nuble. Su padre, Nicanor Parra, era profesor de música y su madre, Clarisa Sandoval, campesina.

En sus “Décimas” Violeta recuerda a sus abuelos: uno “no era un fiato petizo/ muy pronto van a subirlo/ en esos tiempos del duelo/ versa'o fue en lo de leyes, / hablaba lengua de reyes, / usó corbata de rosa, / batelera elegantes/ y en su mesa pejigreces”. El otro “era inquilino mayor, / capataz y cuidador/ poco menos que del aire/ el rico con su donaire/ lo tenía de obliga'o/ caballerizo monta'o, / de vistadero y sordón, / podador en el jardín/ y hortalicero forza'o”.



Su labor de investigadora del folclor era infatigable. Sus fuentes eran sus “queridos viejos”.

“Mujer sempiterna”

• **Trabajó por rescatar del olvido el canto popular, amó apasionadamente, dedicó su vida al arte. Sin embargo, sólo la muerte la bizo famosa.**

El mundo de privaciones que debió compartir con sus siete hermanos, la marcó para el resto de su vida. Desde muy niña supo lo que era trabajar, especialmente después de la muerte de su padre, quien, al perder su herencia, dejó a la familia en la más completa miseria. Nicanor Parra —padre— había perdido su trabajo de maestro al asumir Carlos Ibáñez del Campo la presidencia. “Así creció la maleza/ en casa del profesor, / por causa del dictador/ entraron en la pobreza”.

Ya su rostro tenía las marcas que la viruela dejó cuando ella tenía tres años de edad. “Aquí principian mis penas/ lo digo con gran tristeza/ me sobrenombra maleza/ porque parezco un esparto”. Nunca fue bonita, ni una “dama”, pero era alguien muy especial. Su segundo esposo, Luis Arce, la retrata así: “Era bajita, de cuerpo recio, firme, a pesar de su aspecto frágil. El pelo largo, más bien castaño oscuro y, bueno, picada de viruela y con los dientes medio desparanados. Pero, en cambio, tenía un magnetismo que suplía esa falta de hermosura”.

BAILANDO RANCHERA Y CUPLE

Desde que aprendió a usar la guitarra que sus padres mantenían escondida, ejerció esa magia de que habla Arce sobre la gente que la escuchaba. Pero en ese tiempo no tocaba canciones folclóricas, ni recitaba poemas populares. Al igual que sus coterráneos, le gustaban los boleros, los corridos mexicanos y la música española.

Sin embargo, en esa etapa fue fundamental su contacto con unas primas lejanas que vivían en la zona de Malloa. Las hermanas Aguilera —recuerda Hilda Parra— “cantaban canciones folklóricas, auténticas”. De ellas y de su madre, que

también entonaba canciones campesinas, recogió parte de lo que más tarde la haría famosa.

Pero la situación económica familiar era cada vez más difícil y el poco dinero sobrante se ocupaba en la educación de Nicanor, el hijo mayor, que más tarde llegaría a ser Premio Nacional de Literatura. En este estado de necesidad, los hermanos Parra decidieron tentar suerte con la guitarra. “No existe empleo ni oficio/ que yo no haga ensaya'o/ después de que mi taita ama'o/ termina su sacrificio/ no me detiene el permiso/ que mi mamita negra/ de niña supe a las claras/ qu'el pan bendito del dia/ diez bocas lo requerían/ hambrientas cada mañana”, explica Violeta.

Entonces salen a cantar a las calles, a los boliche, de pueblo en pueblo. Después incursión en las actividades cencenses, y el primer circo que los acoge es el “Tolín”.

Violeta por esa fecha ya cuenta con doce años y la pobreza la persigue junto a sus hermanos. “Yo nunca supe lo que era un zapato y la Viola tampoco. Los pies helados, colorados, la escarcha que llegaba a partir los dedos. Si hasta para disfrazarnos de Verdejo teníamos que pedir ropa prestada, tan mal vestidos y aterradores que andábamos”, recuerda su hermano Roberto.

Luego vino el Circo “Argentino”, donde Violeta bailaba “ranchera argentina y cuplé”, señala Lautaro Parra.

Pero Nicanor no vivía tranquilo en Santiago y en cada una de sus cartas pedía que Violeta se fuera a estudiar a la capital. “Salí de mi casa un día/ pa' nunca retroceder, / preciso dar a entender/ que lo hice a la amanecida; / en fuga no hay despedida/ ninguno lo sospechó/ y si alguien por mí lloró/ no quise causar un mal; / me vine a la capital/ por orden de Nicanor”.

Era 1932 y Violeta no tenía más de quince años.

PROFESORA TRUNCADA

Ya en Santiago su hermano la inscribe en la Escuela Normal, pero allí cursa sólo dos años, pues los problemas económicos la obligan a dejar los estudios.

Poco antes su familia llega a la capital y se instalan juntos en una pequeña casita de la calle Edison. Comienzan a buscar trabajo, pero Violeta no obtiene los resultados esperados. “Ayer buscando trabajo, / llamé a una puerta de fierro/ como si yo fuera un perro/ me

“Mujer sempiterna, violeta terrestre” [artículo] Alejandra Miranda.

AUTORÍA

Miranda, Alejandra

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Mujer sempiterna, violeta terrestre" [artículo] Alejandra Miranda. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)